

LA CRÓNICA

La mierda 12-11-93

ARCADI ESPADA

Nunca vi nada igual. Tiene escaso mérito, escasa incidencia estadística: jamás vi fragmento alguno de lo que llaman un *reality show*. Tengo una muy vaga idea de los criterios periodísticos de **Nieves Herrero**, una presentadora que actúa en Antena 3. Sólo sé de ella que organizó un espectáculo muy comentado a propósito de las muchachas de Alcásser. Y que se deprimió ante lo adverso de algunos comentarios periodísticos. Bien: el miércoles acudí por estricta obligación profesional a Antena 3 TV. Anunciaban novedades sobre el singularísimo caso de Olot y me interesaba verlas en directo. Nunca lo hiciera: durante media hora anduve entre la mierda y todavía no he logrado quitarme el olor de los dedos. ¡Si hubiera sido una mierda instructiva...! ¡Si al menos el embrutecimiento me hubiera dado una medida, aun mínima, de la naturaleza de los hombres, de sus abismos! Nada, sólo mierda: una palabra, aviso, que desprecio y que desde niño me cuido de pronunciar.

No hablaré de los abogados: son muy jóvenes y ya les suspenderá la vida. Al muchacho, además, le tengo un cierto aprecio: soy profesor suyo en la universidad. Este otoño le

han caído encima, por un azar de oficio, los 15 minutos de gloria a que todo humano, desde **Andy Warhol**, tiene derecho. Me gustaría que esos cinco minutos no acabaran aplastándole. Tampoco procede hablar por extenso de **Evangelista**, ni de la señora **Mariño**, ni de la pobre madre. Desde la instauración del régimen mediático se sabe que la única posibilidad de ser alguien en la vida pasa por ser durante un segundo una de las 625 líneas. El pudor, la vergüenza, la dignidad son emociones premodernas, no codificables en pantalla. Y es inútil buscarlas en una mera operación de compraventa.

No, todo eso es lo de menos: la periferia de la mierda. En su centro está la rubia. Y con la rubia, todos nosotros, que seguimos mirando. Hay una mujer desaparecida, tal vez muerta. Dos hombres en la cárcel: tal vez inocentes, tal vez culpables. Hay una tragedia en curso, que está sucediendo. Alguien, Nieves Herrero, pero pudo ser otro, decide que con todo eso es posible labrar un espectáculo profundamente amoral. Un espectáculo de saliva y de barro. Lo decide y lo ejecuta. Desde la amoralidad, desde la incompetencia. Al cabo de me-

dia hora de gritos, de histeria, de mucha y mala farsa, el matarife —la rubia— decide que ya hay suficiente. No decide nada en realidad: simplemente la tablilla del guión le indica que hay que pasar a otro caso. Y así, pasa.

La televisión no es sólo **Stendhal**. La televisión, hoy, es **Stendhal**, el espejo y el camino. No refleja la realidad, sino que la construye. ¿Tal como somos? ¡Mentira! Yo no soy Nieves Herrero: les ruego que me crean. Nada de lo que pasó el miércoles existe en la vida. *Ceci n'est pas une pipe*, ¿recuerdan? La indiferencia, la piedad, la rebelión tecnoliteraria, la desesperación crepuscular de nuestros pensadores flojos y fuertes, pero todos rebozados en el tedio... Todo eso, esas ínfimas coartadas, deben acabarse.

Un delito —un secuestro, un asesinato, cualquier delito— es una determinada construcción de la realidad. Una opción de la vida. Algo idéntico, exactamente, a lo que sucedió el miércoles en la pantalla de Antena 3. Algo que tiene sus autores, sus víctimas y sus cómplices. Algo perseguible de oficio. En bien del oficio, de nuestro primer oficio: ser hombres y no una mierda.